

ARTURO SAN AGUSTÍN
EL ROBOT
QUE CREE EN DIOS

NOVELA

EDLibros

EL ROBOT QUE CREE EN DIOS

es una novela y por consiguiente casi todos
sus protagonistas principales son imaginarios.

Pero esta novela ha sido posible gracias
a las muchas conversaciones que su autor ha mantenido durante
varios años con influyentes personajes vaticanos y romanos.

Sin sus testimonios, confidencias y discrepancias
hubiese sido imposible escribir este libro.

El autor agradece aquí, una vez más, la confianza
que en él depositaron aquellos principales que no suelen
ni conceder entrevistas ni aparecer muy a menudo
en los medios de comunicación.

Aquellos principales que, porque saben, callan.

Aquellos principales que,
desde luego, existen.

También en el Vaticano.

—Dios no existe. Ni existe ni tiene derecho a existir.

Xi Shen, presidente de la República China, fue el primer sorprendido. En realidad quedó conmocionado y en aquel mismo instante volvió a repetir lo que dijo públicamente en cierta ocasión, cuando accedió a su primer cargo importante en el Partido Comunista Chino, y que fue puntualmente divulgado por los medios de comunicación chinos.

—Dios no existe. Ni existe ni tiene derecho a existir.

Treinta años antes de ser elegido presidente de la República China, Xi Shen visitó los laboratorios Wangigin, con sede en Beijing y, junto a otros estudiantes de ciencias políticas, se enamoró, literalmente, de aquel programa de inteligencia artificial concebido para conversar con las personas.

—Es capaz de convertir en humana cualquier relación. La inteligencia artificial tiene un nuevo objetivo: hacer felices a las personas.

Eso fue lo que les dijo el ingeniero chino que había diseñado aquel programa de inteligencia artificial. El robot femenino, el androide a quien habían puesto el nombre de Tianhou (antigua diosa del cielo en la mitología china), tenía los rasgos de una hermosa adolescente china de 16 años y sus movimientos, sus gestos, incluso el parpadeo de sus ojos, parecían humanos. Cuando la hermosa y aparente adolescente respondía a las preguntas que le formulaban aquellos jóvenes estudiantes demostraba tener, además, un gran sentido del humor.

—¿Ya tienes novio?

—Eso no se pregunta a una jovencita.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Preguntas demasiado. ¿Quieres salir conmigo o prefieres que te presente antes a mi padre?

Mientras el ingeniero chino responsable de aquel programa de inteligencia artificial contaba orgulloso, muy orgulloso, que Tianhou recogía datos de todos aquellos que se dirigían a ella con objeto de adivinar sus gustos personales e incluso sus estados de ánimo, Xi Shen tuvo la misma o parecida sensación que el ex presidente de Estados Unidos, Barack Obama, cuando visitó en cierta ocasión, en Nueva York, una feria, llamada del futuro, en la que le presentaron a un robot androide que también tenía rasgos femeninos.

—Estoy impresionado, se mueve como un ser humano. Estoy muy impresionado, pero me da miedo. Es demasiado realista.

Atracción y repulsa. Piel de silicona, cabello, músculos artificiales que permitían movimientos lentos, humanos, cuarenta fotones individuales responsables de sus expresiones faciales. El androide miró a Obama, lo reconoció y fue capaz de establecer con él una conversación simple. Obama estaba asombrado y asustado. El día anterior a la visita del entonces presidente de Estados Unidos, una copia de aquel mismo robot androide, pero diseñada con los rasgos físicos de determinado profesor universitario, había logrado engañar a sus alumnos. Todos ellos creyeron que la clase, como siempre, la estaba dando su profesor habitual.

Primero fue Japón, después Estados Unidos y, finalmente, fue China la nación que, también en inteligencia artificial, se adelantó a las demás.

Pero lo que aquella mañana sorprendió y conmocionó al presidente chino Xi Shen sigue siendo un secreto. Se trataba de un robot androide que ya no parecía un robot androide sino un inequívoco joven chino, es decir, un ser humano. Los ingenieros que lo habían diseñado precisaron su edad.

—Tiene exactamente 33 años.

La empresa china que lo había fabricado quiso que fuera el presidente de su país el primero que pudiera comprobar en la intimidad, en su residencia ubicada en el complejo palaciego de Zhongnanhai y situada al oeste de la Ciudad Prohibida, en Beijing, todo lo que era capaz de realizar aquel joven chino de 33 años a quien, por razones de seguridad, así lo dijeron, no quisieron

poner nombre alguno. Simplemente se hablaba del proyecto Jintian (Hoy).

Y la sorpresa, la gran sorpresa, la que provocó la conmoción del entonces presidente de la República China, fue que aquel joven chino de 33 años, aquel éxito de la ya imparable y poderosa China, abrió una de las ventanas de la residencia oficial y se santiguó. Xi Shen no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

El presidente chino era agnóstico y, desde luego, como se comprobó más tarde, ningún miembro del equipo de ingenieros que había hecho realidad aquel prodigio de la inteligencia artificial, que hablaba con una voz inequívocamente humana, había sido responsable de aquella sorpresa, de aquel inusitado comportamiento que provocó entre ellos la misma o aún mayor conmoción e hilaridad que había provocado en su momento al jefe de Estado. En China, entonces, las únicas religiones permitidas eran el cristianismo, el islam, el taoísmo y el budismo, porque el confucianismo no todos los chinos lo consideran una religión. Fue precisamente el entonces presidente Xi Shen quien abordó oficialmente el tema de la religión o religiones. «Debemos dejar de hablar de religiones malas, pero hemos de protegernos decididamente contra las infiltraciones extranjeras a través de medios religiosos». Xi Shen era de los que creían que cuanto más avanzaba la ciencia, más retrocedía la religión.

Evidentemente el proyecto Jintian quedó oficialmente paralizado y, por supuesto, silenciado. Rigurosamente silenciado. Pero, como la vida sigue, un mes después de la gran conmoción, dos de los tres miembros principales del equipo de ingenieros que había diseñado o concebido a aquel joven chino de 33 años murieron en algo tan común como dos accidentes de tráfico. Y siete meses más tarde, el presidente Xi Shen decidió voluntariamente renunciar a su cargo por razones de salud.

En Hong Kong, semanas después de su renuncia y durante un acto académico celebrado en un centro del Opus Dei, el ex presidente Xi Shen conoció al joven estudiante de ingeniería Pedro Sans. Uno de los sobrinos de Xi Shen —muchos aseguraban que en realidad era su hijo—, también presente en el acto, era amigo

del joven ingeniero español. Y esa fue la razón por la que decidió acudir al acto académico.

—Habla usted muy bien chino.

—Es usted muy amable, señor Xi.

Durante aquella breve conversación, el ex presidente chino estuvo a punto de contar a Pedro Sans parte de lo ocurrido unos meses antes en la residencia oficial de Zhongnanhai, pero finalmente se contuvo. ¿Qué vio Xi Shen en aquel desconocido ingeniero español? ¿Y qué vio, también, Pedro Sans en aquel chino de mirada dióptrica que le recordó a un viejo y recurrente sueño?

Dos días después de regresar de Hong Kong, el 2 de febrero de 2017, Xi Shen amaneció muerto en la pequeña y discreta vivienda que ocupaba con su esposa en una pequeña y poco conocida población próxima a Cantón. Se habló de un infarto de corazón.

2

El Trastevere es el barrio romano al que mejor le sienta el sol, la primavera y, sobre todo, el verano y sus noches. Desde una de las ventanas de su pequeño apartamento, Bruno Rossi ve la colada tendida de una vecina que siempre le repite que fue amante de un director de orquesta y también parte del pequeño jardín de una casa en la que viven en comunidad un grupo de laicas consagradas que pertenecen a Memores Domini.

Nadie sabe que Rossi vive en el Trastevere solo porque en ese mismo barrio vive, también, el grupo de Memores Domini, uno de cuyos miembros es una mujer a la que conoció en Taizé hace ya algunos años. La conoció un verano mientras escribía un reportaje sobre esa comunidad ecuménica, que nunca ha querido convertirse en movimiento. Rossi se encontró con Mary Louise O'Hara un sábado por la tarde, casi en la anochecida, cuando iba a iniciarse la liturgia de la luz. Vestía pantalón vaquero, una holgada camisa blanca y unas sandalias. Fue ella quien con su candela encendida prendió la mecha de la candela que sostenía Rossi. Mary Louise, que aparentaba unos 40 o 45 años, resultó ser irlandesa.

Cuatro años después de aquel encuentro en Taizé, Rossi se reencontró con Mary Louise en el Vaticano, en la plaza de San Pedro. Pese a sus gafas de sol, la reconoció, se saludaron y, tras unos segundos de vacilación, Mary Louise permitió al periodista acompañarla hasta una casa situada en el Trastevere.

—Yo también vivo en el Trastevere, Mary Louise.

La irlandesa resultó ser médica y trabajaba como internista en un hospital vinculado al Vaticano.

Rossi mintió. Es cierto que se alegró, y mucho, de volver a verla, pero entonces vivía a pocos metros del Panteón. Fue después de aquel reencuentro cuando decidió instalarse en el Trastevere, lo más cerca posible de aquella casa comunitaria. Una decisión sin duda irracional, descabellada. Pero entonces no pensó que lo fuera. Sobre todo porque entonces aún ignoraba lo que después creyó.

Cuando Rossi se reencontró con Mary Louise hacía pocas semanas que Pedro Sans había sido elegido Papa; el joven Papa que hoy todos conocen como Inocencio XIV y que estos días, en su despacho privado, recuerda a menudo su primer viaje a Jerusalén. Acababa de doctorarse y, mientras paseaban por la ciudad vieja, habló mucho con Daniel Echeverría, entonces un joven abogado.

—Estoy leyendo un libro muy interesante, Pedro. En uno de sus capítulos un abogado romano, católico, es entrevistado por el autor del libro, que le pregunta qué debe ofrecer nuestra Iglesia: ¿Un pensamiento débil orientado al gran público, conformado como una terapia de autoayuda? ¿Una especie de club de gente simpática que intenta hacer el bien sin romperse demasiado la cabeza con grandes cuestiones teológicas? ¿O bien debe ser una Iglesia que regrese a sus orígenes y que sea exigente en sus propuestas de vida aunque eso signifique ver reducido el número de sus seguidores? Una Iglesia cuyo clero no confunda vocación con profesión.

—¿Y tú que te respondes, Daniel?

—Yo, como ese colega, me pregunto si debe primar la calidad frente a la cantidad, la misión frente a la cooperación, la exigencia frente al consuelo, la cosmovisión frente al compadreo. Y me respondo que sí.

En el televisor de un bar, el israelí David Broza cantaba que el payaso pasa a ser rey y el profeta pasa a ser payaso. A pocos metros del Cenáculo una muchacha saludaba al franciscano padre Artemio, que era entonces vicedustodio de los Santos Lugares. Al llegar al mercado palestino, Pedro Sans se detuvo en un puesto en el que vendían sombreros, gorras y bastones. El dueño, que dijo llamarse Amein, le sonrió y le tendió un cayado de pastor palestino.

—Gracias, pero todavía no lo necesito.

—Pero lo necesitará.

—Quizá.

—Hágame caso: compre este cayado de pastor palestino, algún día lo necesitará, porque usted tiene mucho camino por delante. Yo no me equivoco casi nunca. ¿Sabe por qué lo digo?

—No.

—Porque usted tiene aspecto de ser seminarista. ¿Me equivoco?

—Sí.

—Bueno, da igual. Usted tiene aspecto de seminarista o de joven sacerdote católico y cuando yo le vendo un bastón a un católico joven llega muy lejos. Veo que se ríe.

—Me quedo el bastón. ¿Por cuánto me lo deja?

—Se lo regalo.

—No.

—Sí, se lo regalo. No me lo rechace.

Al regresar a la sede que el Opus Dei tiene en Jerusalén, donde Pedro Sans, numerario de esa prelatura, pasaba unos días de recesso, la televisión israelí estaba dando la noticia del fallecimiento del cardenal Martini, que desde hacía años sufría de Parkinson. Cardenal polémico, muy querido por los italianos, admirado por la intelectualidad europea y definido como progresista por los medios de comunicación, Martini dijo en cierta ocasión: «Durante muchos años soñé que mi Iglesia era pobre y humilde, que era independiente de todo lo terrenal. Hoy ya he despertado. Al cumplir 75 años he decidido rezar por la Iglesia».

Martini murió sin saber que otro jesuita, el argentino Jorge Luis Blabano, acabaría siendo Papa y por consiguiente no pudo escuchar aquellas palabras referidas a los jesuitas, que Blabano, el

papa Sergio V, pronunció meses después de su elección y días antes de su primer viaje al extranjero, a Brasil.

Sergio V, en aquella ocasión, dijo que los jesuitas debían ser personas descentradas, desplazadas porque siempre existía la tentación de pensar que ellos, los jesuitas, eran el centro. «Y cuando un jesuita se pone a sí mismo en el centro y no pone en ese centro a Cristo, se equivoca». Muchos católicos siguen pensando que, pese a sus declaraciones, Sergio V quiso ponerse a sí mismo en el centro. Quizá por eso, años después de su muerte, casi todos están de acuerdo en que el papa argentino marcó un antes y un después en la historia del papado, en la Iglesia.

Pedro Sans, el joven doctorado en ingeniería, observó el cayado de pastor palestino que le acababan de regalar y sonrió pensando en el vendedor.

Pero todo esto ocurrió mucho antes de que fuese elegido papa.

3

«Su nombre es Pedro».

Así titularon en portada la mayoría de diarios italianos, españoles, portugueses y latinoamericanos. También el único diario de papel que se publica actualmente en Barcelona, capital, desde hace varios años, de la República de Catalunya, titulaba igual. Tres diarios digitales catalanes titularon «Inocenci XIV, el primer papa catalá». Y algunos alemanes, ingleses y estadounidenses hicieron referencia a su pertenencia al Opus Dei.

«El Opus Dei llega a la cima».

El día que Pedro Sans, es decir, Inocencio XIV, fue elegido papa, aún no se ha olvidado. En el Vaticano, por supuesto. Y no solo porque han transcurrido únicamente varios meses desde aquella elección. Los grandes terremotos que en su momento provocaron las elecciones del polaco Juan Pablo II, del argentino Sergio V, del nigeriano Julio IV y del filipino de origen chino Francisco II, solo fueron ligeros temblores comparados con lo que significó la elección de Inocencio XIV.

Todo fue extraordinario y sorprendente aquel lunes de septiembre. Tan sorprendente como las primeras palabras que pronunció el nuevo papa cuando apareció en el balcón o lonja principal de la fachada de la basílica de San Pedro.

«Sé lo que debo hacer. El ser humano no es un algoritmo».

Luego, ante la mirada atónita de los cardenales que lo rodeaban y de los católicos y turistas que llenaban la plaza de San Pedro, prosiguió su parlamento, pero hablando en chino o, más concretamente, en mandarín. Después, fue él mismo quien tradujo sus palabras al italiano.

«Soy un papa de todos los católicos».

Casi todos entendieron que con aquellas palabras quiso dejar muy claro desde el principio que no era solo un papa para los sacerdotes y miembros del Opus Dei.

Pedro Sans nació en Sabadell, pueblo catalán de la provincia de Barcelona, que fue hace ya muchos años uno de los centros principales de la industria textil española. Nació, pues, en una parte de lo que entonces era España. Sans es un hombre joven de 36 años. Alto, introvertido, esbelto y deportista, es hijo y nieto de arquitectos y miembro de una familia numerosa.

Recién cumplidos sus 18 años, Pedro Sans, influido por algunos libros que hablaban del ingeniero y miembro destacado del Opus Dei, Antonio de la Puerta, se fue a estudiar ingeniería a la Hong Kong University of Science & Technology. Y allí se graduó y doctoró. Mientras realizaba sus estudios trabajó en la construcción de varios puentes, uno de los cuales es el Puente del Dragón Amable, el más largo del mundo. También publicó un libro titulado *Donde el sol amanece mucho antes*, que fue un éxito de ventas en China. A su debido tiempo decidió convertirse en miembro numerario del Opus Dei.

El profundo conocimiento que Inocencio XIV tiene de China, Singapur, Corea y Vietnam, tanto en su vertiente política como cultural e incluso religiosa, no pasó en su momento desapercibido por algunos monseñores y cardenales de la Curia vaticana, que le brindaron la oportunidad de estudiar teología en la universidad romana que él quisiese. Naturalmente, el futuro papa se decidió por la Pontificia Università della Santa Croce, la universidad que

el Opus Dei tiene en Roma. Tanto entusiasmo ajeno provocó un cierto recelo en el rector de esa institución e incluso en el entonces prelado del Opus Dei. Sobre todo, porque dos de los cardenales que más valoraban a Pedro Sans eran jesuitas.

A los 30 años fue ordenado sacerdote.

Tres años después, el nigeriano Thomas Bocala, que pasó a llamarse Julio IV, sucedió al argentino Sergio V. Pero el primer papa africano murió dos años después de haber sido elegido y, como ya sucedió con Juan Pablo I, los rumores sobre su asesinato todavía no han cesado. La realidad es que en el momento de su elección todos sabían acerca de su delicado estado de salud. Por eso extrañó tanto que fuera elegido. Momentáneamente, la enfermedad que sufría y su muerte tuvieron más eco en los medios de comunicación que el color de su piel. Luego, como siempre que se trata de algo relacionado con el Vaticano, apareció la palabra conspiración y se empezó a hablar de asesinato. Pero la repentina muerte del filipino de origen chino, Javier Shang, es decir, del papa Francisco II, fue, hasta el momento presente, la que más titulares y comentarios, todos ellos hablando de asesinato, ha propiciado en la historia del Vaticano. A Francisco II simplemente lo fulminó un ictus. Pero un ictus no satisface la voracidad imaginativa de muchos periodistas italianos, sobre todo de algunos de los llamados vaticanistas.

La muerte del papa Francisco II provocó uno de los cónclaves más tensos y, desde luego, singulares de la historia vaticana. Fueron dos días o quizá solo uno, pero de gran convulsión y nerviosismo en el mundo católico. El Vaticano hervía. Aquel cónclave, del que aún se sigue escribiendo y del que se ha contado muy poco, porque quizá, pese a las apariencias, no existió, decidió olvidarse de la tradición más reciente y Pedro Sans fue propuesto para ser candidato a papa siendo dispensado de todos los requisitos imprescindibles hasta aquel momento, ya que una de las condiciones indispensables para acceder al papado era, hasta entonces, la de ser obispo.

Pedro Sans vivió un cónclave que casi nadie entendió. Recibió el apoyo masivo de los cardenales electores asiáticos y americanos, que deseaban, se supone que así lo imploraron al Espíritu Santo,

que el nuevo papa tampoco fuera en aquella ocasión italiano. No obstante, para algunos cardenales electores italianos, Pedro Sans tenía a su favor el hecho de ser europeo, latino, mediterráneo. Y así fue como aquel joven sacerdote fue nombrado obispo una hora antes de que se iniciara oficialmente el supuesto cónclave y un día después era elegido papa.

Algunos de los más próximos al nuevo pontífice aseguran que, antes de aceptar, estuvo treinta o cuarenta y cinco minutos rezando y meditando para desesperación de casi todos los cardenales electores. Cuando se supo que Pedro Sans era el nuevo papa, algunos miembros principales del Opus Dei, sobre todo los que residían en Roma, en Villa Tevere, la sede central de la prelatura, mostraron abiertamente su disgusto. Pero el entonces prelado, que durante los dos días que duró el cónclave transcurrió buena parte de ellos postrado en el suelo, ante la tumba de san Josemaría Escrivá, al ser informado de la elección, la celebró al instante y así lo hizo saber a todos los suyos.

—Es Dios quien ha decidido. Y algo habrá influido también nuestro fundador.

Una pregunta, una de las muchas preguntas que propició el nuevo papa Inocencio XIV y que tal vez nunca tenga respuesta, fue si el prelado del Opus Dei estaba informado de que Pedro Sans iba a ser nombrado obispo e inmediata y posiblemente después, papa. Muchos opinan que no, que ni se le informó ni se le pidió su opinión. Y aunque parece del todo imposible que Pedro Sans no hablara previamente con su prelado, son también muchos los que opinan que no le consultó su decisión de aceptar ser hecho cardenal elector. Porque a los cardenales no se les ordena, se les hace. Menos en el caso de Inocencio XIV, los hace el papa.

Si el nuevo pontífice decidió llamarse Inocencio fue porque varios papas que eligieron ese mismo nombre combatieron la corrupción, la acumulación de cargos y la ostentación y el lujo en el Vaticano. Hubo uno que incluso combatió la pedofilia. Pero la razón más poderosa tenía que ver con una de sus obsesiones infantiles: el retrato que Velázquez le hizo a Inocencio X. La mirada de ese papa, que ha servido para denigrar a la Iglesia, es la viva

representación del poder autoritario, de la imposición. El nuevo pontífice quiere, pues, que la mirada de la Iglesia sea otra muy distinta.

4

El periodista Bruno Rossi consulta su teléfono móvil y respira. No hay ningún mensaje de Rafael Méndez, el director del diario español del que es corresponsal en el Vaticano. Podrá, pues, seguir escribiendo de los temas que le interesan. Pero pocos de esos artículos no encargados por Méndez serán publicados. Así de ingrata suele ser la vida del corresponsal.

Trozos de pizza mordisqueados y abandonados en el suelo, vasos de plástico, envases de refrescos, papeleras desbordadas. La Via della Conciliazione, como siempre, se ve repleta de turistas y mendigos, que están más organizados de lo que aparentan. En las calles y las plazas de Roma se intuye un cierto agotamiento provocado por los turistas. Solo la plaza de San Pedro parece transcurrir al margen de ese agotamiento, pese a que diariamente la cruzan miles de personas. También la arquitectura es capaz, alguna vez, de hacer milagros.

Al acabar una rueda de prensa rutinaria en la llamada Sala Stampa, la oficina de prensa de la Santa Sede, un colega venezolano, corresponsal en el Vaticano de uno de los diarios de Caracas y de una emisora de radio también caraqueña, pregunta a Bruno Rossi si ha oído algún rumor de golpe de Estado.

—¿Contra quién, Raúl?

—Hablo de golpe de Estado eclesial y universal. Contra el Vaticano, eso quiero decir.

—¿Y quiénes son los golpistas?

—Me dicen que algunos jesuitas. Bastantes. Y entre ellos hay cardenales y muchos obispos.

—¿Pero aquí, en el Vaticano?

—No. En varios países latinoamericanos. El mismo día y todos a la vez. Ya me entiendes. Pero, oye, igual se trata de una simple mamarrachada. Ya te contaré si sé algo nuevo.

Fue a través de Marc Sans, uno de los hermanos de Inocencio XIV, a quien Bruno Rossi conoció hace muchos años en Barcelona, que el periodista logró acceder a este joven y misterioso papa actual. Durante aquel primer encuentro, transcurrido en un despacho próximo al Aula Pablo VI, pudo hablar de todo y sin cuestionario previo. Quizá, pues, hablaron muy poco y probablemente de nada. O a lo peor, Rossi no supo preguntar.

Otra de las razones por las que Rossi logró ser recibido por Inocencio XIV fue porque, así lo expuso previamente, su intención no era hacerle una entrevista o publicar algunas de sus respuestas. Le dijo a su secretario personal que los dos temas que más le interesaban eran el futuro de la Iglesia católica y el transhumanismo. Rossi sabía, siempre gracias al hermano del Papa, que era catedrático de comunicación en la University of New York, y, para muchos, uno de los mejores expertos mundiales en rumores, que a Inocencio XIV el tema del transhumanismo le preocupaba mucho.

Marc Sans le contó a Rossi que cuando su hermano estudiaba ingeniería en Hong Kong, viajó a la entonces Corea del Sur, a Seúl, para pasar unos días de vacaciones. Fue durante uno de esos días que Inocencio XIV, es decir, Pedro Sans, asistió a la conferencia que el brasileño José Luis Cordeiro dio en la sede surcoreana de la Singularity University, creada en el año 2009 con la participación de Google y la NASA para desarrollar la llamada inteligencia artificial. Aquellos años, la principal misión de José Luis Cordeiro era la de divulgar, explicar el estado del futuro y de la vida humana. Cordeiro era también entonces miembro del Millenium Project, un *think tank*.

En aquella ocasión, y entre muchas otras cosas o profecías, Cordeiro dijo que, si lo deseábamos, gracias a la inteligencia artificial podríamos ser inmortales. Y el entonces jovencísimo Pedro Sans quedó estupefacto y muy preocupado.

«Y no teman, porque ha sido la tecnología la que ha salvado a la humanidad. La muerte, amigos, es solo un problema técnico. Dentro de treinta años, rejuveneceremos y no envejeceremos. Vamos a entrar en un tiempo posthumano en el que la reproducción será irrelevante. La convivencia entre humanos, ciborgs y robots

será posible gracias a la biónica y a la robótica. En el año 2025 se podrá secuenciar nuestro genoma en muy poco tiempo y a precios muy asequibles. Y por eso todos podremos saber de qué podemos morir. La medicina será, pues, preventiva, no curativa. Y, como todos ustedes pueden comprender, nos dirigimos a una disrupción médica que será posible gracias a la tecnología».

Cuando Inocencio XIV escucha parece tener más años. Se expresa en un tono de voz relativamente bajo y pausadamente. Dicen que lo primero que se aprende en el Vaticano es que allí el tiempo es otro, mucho más lento, pero Rossi, en la mirada inteligente de este papa, que valora las pausas, cree adivinar una cierta prisa, pero muy pensada, muy reflexionada.

—Sobre el tema del futuro de la Iglesia católica, voy a decirle pocas cosas nuevas, señor Rossi. Creo que Benedicto XVI, cuando era solo el cardenal Ratzinger, lo dijo ya todo mucho mejor que yo.

—¿A qué se refiere, santo..?

—Llámeme Inocencio, por favor. Como dijo en su día el cardenal Ratzinger, numerosos bautizados han perdido su identidad y no conocen los contenidos esenciales de la fe o piensan que pueden cultivarla prescindiendo de la mediación eclesial. Y mientras muchos dudan de las verdades enseñadas por la Iglesia, otros reducen el reino de Dios al de unos grandes valores que ciertamente tienen que ver con el Evangelio, pero que no se refieren al núcleo de la fe cristiana.

—¿Cuál es ese núcleo?

—Juan Pablo II dijo en cierta ocasión...

—¿Lo dijo Juan Pablo II, pero lo escribió el cardenal Ratzinger?

—Lo dijo Juan Pablo II. El núcleo de la fe cristiana no es un concepto, no es una doctrina sino que es, fundamentalmente, Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible. La crisis que hiere en profundidad a Europa en su corazón pasa por el abandono de lo Trascendente. La celebración de Dios no puede reducirse al ámbito privado. Evidentemente, los casos, los demasiados casos de sacerdotes y religiosos que cometieron abusos contra menores también minaron la credibilidad de la Iglesia.

—Una Iglesia que, según Ratzinger...

—Sería pequeña y pobre. Una Iglesia que no llenaría los grandes templos contruidos en períodos de esplendor. Una iglesia interiorizada y simplificada que no prevalecería por sus antiguos privilegios ni simpatizaría con las antiguas ideologías de moda, tanto de derechas como de izquierdas.

—Ya no recuerdo quién dijo Ratzinger que presidiría esa iglesia pequeña y pobre.

—Yo sí lo recuerdo muy bien, señor Rossi. Dijo que esa iglesia pequeña y pobre, que esas pequeñas comunidades cristianas, podrían estar presididas por una nueva figura de sacerdote que ejercería al mismo tiempo otra profesión. Por supuesto, el sacerdote dedicado por completo a la Iglesia seguiría siendo necesario.

—¿Ratzinger fue profeta?

—La Iglesia de Dios no consulta el mismo reloj que nosotros. Recuerde lo que escribió san Agustín: «No se dice NUNCA donde no existe el tiempo». Le propongo una cosa, señor Rossi: tomemos un café el domingo por la tarde y así podremos seguir hablando de este y de otros temas con más calma.

—¿Aquí, en el Vaticano?

—No. Elija usted el lugar.

—Será un lío, Inocencio. Le reconocerán.

—Eso solo pasa en las películas. Vestido de simple sacerdote no me reconocerán. Ya lo verá. ¿Acepta?

—Por supuesto que acepto. Espero poder hablar con usted del transhumanismo.

—¿Le interesa el tema?

—Mucho. Ahora ya sabemos que el hombre es inmortal porque así lo demuestra la ciencia, es decir, el ADN. Y la palabra evolución ya no asusta a tantos. De modo que muchos opinan que la inmortalidad ya no precisa de la religión o de los mitos.

—No todo es tan sencillo.

—Perdone la impertinencia. ¿Se siente usted seguro?

—Ja, ja. Podríamos decir que acabo de llegar al Vaticano.

—Algunos dicen que lo que podría cambiar para siempre y definitivamente a la Iglesia católica se está incubando desde hace unos años en...